



Pequeñas grandes diferencias

En el año del Señor de 1236, el Palma de Mallorca, en el seno de una familia aristocrática, nace Ramón Llull. En el año del Señor de 1316, a bordo de un barco que hace la travosía de Túnez a Palma de Mallorca, muere Ramón Jul.

Sobre esos y otros datos no hay discusión. En el año 1250 ingresa en la Corte del rey de Aragón. Diecisiete años después se produce su conversión. En el 1289 termina su «Arte General» y crea la Milicia Cristiana en el 1307.

Como se sabe, Ramón fue un jovencuelo de disipada vida aun después de haber contraído nupcias con Catalina Labos y ser padre de dos hijos. Cuando tenía ya más de treinta años y nadie creía en milagros, Ramón se convirtió. ¿En qué? En un verdadero ermitaño filósofo cristiano, con ermita propia en el Monte Randa.

Cierto día, digamos, ya que en realidad parece que fue noche, Jesús se le presentó en forma de serafín y le dijo que qué esperaba para ponerse a escribir. Siete siglos después muchos de los que sí se ponen a escribir, encontrarían en ese hecho la profecía que sentaba las bases para las relaciones entre editor y escritor.

Tampoco se discute el hecho de que Ramón tras aquella amonestación o invitación (pequeña diferencia) vio un árbol cuyas hojas eran en realidad caracteres griegos y latinos. ¡Ah! Y caldeos. ¿Qué era todo aquello? ¡Por favor! Más claro ni el agua. Era la revelación de la creencia religiosa y, al mismo tiempo, la de la unidad de la ciencia.

Entonces, Ramón no tuvo más que hacerse de una herramienta adecuada que le permita identificar, contar, clasificar e imprimir todas las hojitas del mencionado árbol babilónico. Presumiblemente se munió de una hoz o algún tipo de segadora manual primitiva, aunque hoy en día, hasta un niño tomaría una computadora.

La cosecha fue fructífera: El árbol resultó ser el árbol de la ciencia, cuyas raíces representan los 18 principios, las ramas sus potencias o propiedades, las hojas los accidentes, las flores las operaciones naturales de las demás partes y, el fruto, lo que resulta de dichas operaciones.

Nada de esto es discutido por los biógrafos de Llull. Y claro, quién va a discutir semejante enredo de floricultura filosófica. Lo que sí se discute son los detalles de su conversión. Total, ahí está la madre del cordero. Mientras para algunos la cosa fue dramática (Ej: José Llado), para otros fue sublime (¿M. P. Monnier?). Los primeros, cuentan que Llull se enamoró perdidamente de doña Ambrosia de Castelló, respetable dama casada de origen genovés, a quien lanzaba cuanto piropro podía conseguirse en aquel entonces, siendo en todos ellos el elogio de sus senos señoriales el argumento central. Ambrosia, cansada ya de tanta impertinencia, lo paró en seco el día en que, descubriéndose el corpiño, le mostró el horrible cáncer que le carcomía las tetas. «Toma, desgraciado; he aquí lo que tanto deseas», le dijo. Los otros afirman que Dios se le apareció en sueños y dijo simplemente: «Raimundo, sígueme». (Pequeñas diferencias).

Hace cuatros días, conversando de muchas cosas, el entrañable Héctor Borda me contó una anécdota peculiar de Camilo José Cela sobre las «pequeñas diferencias».

Siete siglos después de Ramón Llull, ya se dijo, otro mallorquín de residencia cuanto no de nacimiento, terminó por dejarnos claro lo que son las «Pequeñas diferencias». Siendo diputado del rey, en una de las tediosas sesiones del congreso, no pudo percatarse de nada y despertó el preciso momento en que debía emitir su voto. Sin que se le moviera un pelo así lo hizo. El presidente del congreso tomó el micrófono y lo amonestó. «Señor Cela, cómo puede usted emitir un voto responsable si estaba durmiendo». A lo que Camilo respondió: «No estaba durmiendo señor presidente, lo que pasa es que me encontraba dormido». «¿Y cuál es la diferencia? ¿Acaso no es lo mismo? Inquirió el presidente. «No, no es lo mismo señor presidente, como no es lo mismo estar jodido que estar jodiendo».

BENJAMÍN CHÁVEZ



el mundo

SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA

DIRECTOR:

Luis Urqueta Mollada

CONSEJO EDITOR:

Alberto Guerra Gutiérrez

Edwin Guzmán Ortiz

Benjamín Chávez Camacho

Erasmus Zarzuela C.

COORDINACION:

Julia Guadalupe García Ortega.

Casilla 448. Telfs. 54855 - 76816

Zona Franca Oruro, con nuestra cultura

Poética

Calar en algo profundamente subjetivo como la poesía es ya aspirar a una objetividad casi cósmica, a una inspiración estelar. Es dedicarse a la protección de las distintas vidas, de los distintos aires, de los distintos nombres más allá de lo personal. A eso se aspira. La no pérdida nunca tentación de la antena. Pero hay una especificidad, todavía en juego, una inutilidad que salta desde el no importarle a nadie hasta la importancia total, más allá de lo poético. Hay una conciencia de lo perdido que no reclama devolución en el libre juego de las apariciones. Es un saber (porque es un saber) que no pide devolución a las diferentes operaciones de usurpación de los nombres, de secuestro de las elipsis, de sustitución de los vehículos que antes fueron delfines (antes, cuando la antena captaba) y ahora son giros en blanco, sin fondo. El desvalimiento de lo humano queda en claro cuando lo humano intenta, a toda velocidad, recuperarse mono, no ya su mono como si fuera su loco, sino el mono que parodia, mono violeta, crepuscular, caído. La palabra poética, entonces, vuelve a ser un arco tendido entre la tendencia a la totalidad que continúa, hambre en espiral, y la negativa a ser guturable como cuando, no en la caverna, más antiguamente, en la gruta. Por ejemplo: Shakespeare. Todos decimos (los que leemos a Shakespeare): «los poemas de Shakespeare se sostienen solos». Más aún: «Shakespeare se sostiene solo». Es tan seguro el domino doméstico de esa eternidad que preservó y preservará a Shakespeare de cualquier ataque traidor que nos tranquilizamos de inmediato. ¿Pero es tan seguro que se sostendrá Shakespeare al ritmo en que van las cosas? Si no confiamos solamente en la imagen feliz de los sonetos sosteniéndose sin apoyo, leves, sin palenques, aéreos y en equilibrio por la equidad magnética que va de uno a otro dedo de la Gracia, entonces escribir poesía, hoy que casi no hay, es sostener a Shakespeare, el anónimo Shakespeare, a los tantos y cuantos existentes.

La situación de la poesía en el mundo actual es la situación de la poesía en el mundo actual. Estamos enfrentados. Sin embargo, eso nos satisface casi como usar antifaz. El estar arrinconados al límite de la poesía misma puede ser una forma de consuelo para una tarea mítica, heroica, de limitar al mundo según un don de la Divinidad. Lo que no puede ser es una forma más de sobrentendido en el mundo de los sobrentendidos. Enfrentarse a la máscara del sobrentendido: he ahí una tarea para la poesía de ahora. Y enfrentarse, especialmente, al saber que estamos en el entendido de qué.

EDUARDO MILAN. Poeta uruguayo (1952) Ha publicado: "Circa", "Son de mi padre" y otros. Reside en México, país que le otorgó el premio de poesía "Aguas-calientes" 1997 por su libro "Alegrial"